Laura Bellini



Todo tu incómodo encanto

El encanto basta para una noche.
Para mañana hace falta la verdad

Todo tu incómodo encanto

El encanto basta para una noche. Para mañana hace falta la verdad

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384901366

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El precio de la prioridad..... 13
Capítulo 2 - Las condiciones de la confianza..... 23
Capítulo 3 - Cuando todo empieza a venirse abajo 34
Capítulo 4 - Lo que no figura en el programa 44
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 55
Capítulo 6 - Un beso, ninguna promesa..... 66
Capítulo 7 - Lo que no se puede deshacer 75
Capítulo 8 - Al otro lado de su mundo..... 86
Capítulo 9 - El riesgo que compartimos 96
Capítulo 10 - Ya no quiero seguir fingiendo 107
Capítulo 11 - Entre nosotros y el resto del mundo 119
Capítulo 12 - El documento que no debería faltar 131
Capítulo 13 - El precio de las expectativas ajenas 142
Capítulo 14 - La verdad a medio camino 153
Capítulo 15 - Todo lo que no me dijiste 163
Capítulo 16 - La distancia que necesito.....175
Capítulo 17 - Lo que me pertenece.....184
Capítulo 18 - El encanto ya no es suficiente.....193
Capítulo 19 - La justicia no llega sin pasar factura 203
Capítulo 20 - Mañana necesita la verdad.....213

INTRO

La primera vez que vi a Seweryn Janik, estaba de pie frente a mi panel de organización, moviendo sin el menor reparo las notas adhesivas de colores en las que llevaba trabajando las últimas tres semanas.

Llevaba una camisa oscura con las mangas remangadas, un reloj con correa de cuero y la expresión de un hombre convencido de que el mundo sería un lugar mejor si le permitieran ponerlo todo en el orden adecuado.

No pensaba darle ese gusto.

—Disculpe —dije, deteniéndome en la puerta de la sala de exposiciones—. ¿Está reorganizando mi festival?

Se volvió lentamente. Tendría treinta y tantos años, el pelo oscuro, una barba incipiente y una mirada en la que apareció un destello de diversión un poco demasiado pronto.

—Depende. ¿Su festival contempla una catástrofe logística el sábado a las dos de la tarde?

—Mi festival contempla que las personas no autorizadas no toquen el panel.

—En ese caso, hemos empezado infringiendo las normas.

—Y parece que está orgulloso de ello.

—Más bien preocupado. Aunque me gusta su manera de llevar las conversaciones.

Me acerqué al panel y devolví a su sitio la nota que decía «TALLER ABIERTO». Seweryn observó mis manos, pero no intentó intervenir de nuevo. Al menos eso jugaba a su favor.

Era jueves, faltaban dos días para la inauguración del festival de artesanía de Lublin y yo tenía exactamente diecisiete problemas sin resolver. Entre ellos figuraban la falta de un proyector de repuesto, tres contratos pendientes de firma y la ausencia de alguien que se responsabilizara de entregar las mesas para los talleres. No necesitaba un decimoctavo problema, especialmente uno que olía a perfume caro y parecía saber perfectamente cuándo sonreír.

—Blanka Rybicka —me presenté, tendiéndole la mano más por obligación que por simpatía.

—Seweryn Janik.

Su apretón fue firme, pero breve. Cuando retiré la mano, no intentó prolongar el contacto. Aquella pequeña muestra de contención me sorprendió más que su descaro anterior.

Por supuesto, conocía su apellido. Comisario de exposiciones, un hombre con contactos en el mundo del diseño y las artes aplicadas, al que el comité de programación había traído para dar mayor prestigio al evento. Según los documentos oficiales, ambos debíamos responsabilizarnos conjuntamente del programa. Según mi calendario, Seweryn no tenía que aparecer hasta aquella tarde.

—Ha llegado antes de lo previsto —observé.

—Quería ver el lugar antes de que llegaran los invitados.

—¿Y decidió mejorarlo de inmediato?

—Vi que la demostración de cerámica estaba junto a los talleres de carpintería. El polvo no es precisamente la mejor compañía para un esmalte recién aplicado.

Miré el panel y después el plano de ventilación que había fijado a su lado. Tenía razón respecto a la proximidad de

ambas actividades, pero desconocía la existencia de los separadores móviles que había encargado expresamente para aquella ocasión.

—La demostración de cerámica termina dos horas antes de que empiecen los talleres. Se limpiará la sala y se cerrarán los separadores. Todo está previsto en el programa técnico.

Durante unos instantes estudió la hoja que le señalé.

—En ese caso, retiro mi acusación de catástrofe.

—Qué generoso.

—No he dicho que retire mi interés.

Levantó la mirada. Esta vez no sonreía en absoluto.

Podría haberlo interpretado como un coqueteo. También podía pensar que un hombre acostumbrado a hablar en público sabía hacer que cualquier frase sonara como una propuesta personal. Preferí la segunda interpretación. Era más segura y yo no tenía tiempo para descifrar las intenciones de comisarios atractivos.

Antes de que pudiera responder, sonó mi teléfono.

En la pantalla apareció el nombre de Marta, la contable del festival. Contesté de inmediato.

—Dime que tienes buenas noticias.

—Tengo noticias —respondió con cautela—. Que sean buenas dependerá de tu definición.

Me alejé unos pasos, hasta el espacio que quedaba entre las vitrinas todavía vacías. Al otro lado de los altos ventanales pasó un tranvía y desde el patio llegaban los sonidos metálicos de las estructuras que estaban montando.

—Marta.

—Hemos recibido la confirmación definitiva del presupuesto. La subvención es inferior a la prevista. El patrocinador principal mantiene su compromiso, pero sus fondos ya están asignados a partidas concretas.

—¿Cuánto menos?

Me dijo la cantidad.

Miré a través del cristal a una chica joven que llevaba un rollo de tela bajo el brazo. Se detuvo para ayudar a un artesano mayor a sujetar la puerta. Aquel pequeño gesto me pareció de pronto dolorosamente fuera de lugar frente a la noticia que acababa de escuchar.

Nos faltaba casi una quinta parte del dinero destinado al programa abierto.

El programa que yo había creado desde cero.

Talleres para creadores principiantes, puestos gratuitos para pequeños talleres artesanales, encuentros entre jóvenes diseñadores y personas que llevaban cuarenta años trabajando con las manos. Aquella debía ser la parte del festival de la que más orgullosa me sentía. No la más vistosa. No la más rentable. La más importante.

—Envíame el desglose actualizado —dije.

—Ya te lo he enviado. Blanka, hay otra cosa. En el nuevo anexo aparece una reserva de la sala principal para una exposición de un socio colaborador. Prioridad aprobada por el comisario.

Miré hacia Seweryn.

Estaba junto a una vitrina que contenía una maqueta inacabada de una silla de madera. No tocaba la pieza. Simplemente se había inclinado para leer una pequeña nota que había dejado su autor.

—¿Qué socio? —pregunté.

—El estudio Vistula Design. Tienen un historial de colaboración con el festival.

Conocía el nombre. Una gran empresa que llevaba años participando en eventos del sector, con un presupuesto publicitario superior a la facturación anual de la mayoría de los expositores. No tenía nada en contra de los patrocinadores. Gracias a ellos, la gente podía comprar entradas a precios razonables y algunos participantes tenían la oportunidad de mostrar sus trabajos por primera vez. Sin embargo, sí tenía objeciones muy concretas cuando el tamaño de una empresa le otorgaba automáticamente prioridad sobre los demás.

—¿Quién firmó la reserva?

—En el sistema figura el apellido Janik. No sé si es una decisión definitiva. El documento llegó junto con el nuevo presupuesto.

Le di las gracias y colgué.

El correo electrónico ya me esperaba en la pantalla. Abrí el archivo adjunto y vi una marca roja junto a la partida «Zona de nuevos talentos». Parte de la superficie prevista había sido trasladada a la categoría de exposición de socios colaboradores. En la justificación figuraban tres palabras: «continuidad del patrocinio».

No había ni una sola frase sobre las personas a las que yo había prometido un espacio.

Seweryn se acercó únicamente cuando bajé el teléfono.

—¿Ha ocurrido algo?

—Acabo de enterarme de que tengo que salvar una docena larga de puestos de exposición con un presupuesto que ha dejado de existir.

Su mirada se desplazó hacia el documento.

—Ha recibido la actualización financiera.

No era una pregunta.

—¿Y usted ya lo sabía?

—Sabía que habría recortes. No conocía la cifra definitiva.

—Pero sí sabía lo de la reserva para Vistula Design.

Guardó silencio un momento. No parecía sorprendido por el nombre de la empresa. Más bien tenía el aspecto de alguien que acababa de comprender que aquella conversación había empezado varias horas antes de lo que tenía previsto.

—Los conozco desde hace años —dijo—. Apoyaron varios proyectos complicados cuando nadie más quería asumir el riesgo.

—Una historia preciosa. ¿Incluye también quitarles el espacio a quienes no tienen dinero para patrocinar el evento?

—No tomaría una decisión así sin hablar antes con usted.

—Me alegra oírlo, porque precisamente eso es lo que pienso hacer ahora.

Durante unos instantes nos miramos sin decir palabra. En alguna sala contigua, alguien dejó caer un soporte metálico. El estrépito resonó contra el techo elevado, pero ninguno de los dos se inmutó.

Seweryn fue el primero en bajar la mirada, esta vez hacia el plano que yo sostenía.

—¿Tiene distribuidos todos los puestos?

—Lo tengo todo distribuido.

—¿Incluso una alternativa para el caso de que no recibamos toda la financiación?

—Sobre todo esa alternativa.

Extendió la mano hacia el documento, pero se detuvo a medio camino.

—¿Puedo?

Aquella sola palabra, pronunciada sin ironía, resultó tan inesperada que durante un momento me limité a mirarlo.

Le entregué la hoja.

La leyó con atención. No hizo comentarios apresurados ni intentó recuperar la ventaja con alguna ocurrencia. Cuando llegó a los nombres de los jóvenes artesanos, deslizó un dedo por la tabla y se detuvo en la columna correspondiente a los gastos de su participación.

—¿Ha renunciado a sus honorarios por coordinar esta parte del programa?

—Los he destinado al transporte de los expositores que vienen de fuera de Lublin.

—Eso no es una solución sostenible a largo plazo.

—No pretendía que lo fuera. Lo que pretendía era que, esta vez, nadie tuviera que pagar por la oportunidad de mostrar su trabajo.

Me devolvió el documento. Algo pequeño, pero perceptible, había cambiado en su rostro. La diversión anterior había desaparecido.

—Comprendo por qué esto es tan importante para usted.

—No estoy segura de que lo comprenda.

—Entonces, enséñemelo.

Tenía treinta y dos años y suficiente experiencia para saber que las personas más peligrosas a veces eran aquellas capaces de sonar sinceras justo cuando más les convenía. Y, sin embargo, allí estaba, frente a Seweryn, y por primera vez desde aquella llamada sentía el deseo de dejar de luchar y explicarle de verdad algo a alguien.

Saqué de mi carpeta las fotografías de los talleres artesanales que habían solicitado participar en la zona de nuevos talentos. Las extendí sobre el amplio alféizar de una ventana. Seweryn se colocó a mi lado, dejando entre nosotros espacio suficiente para que pudiera apartarme.

No me aparté.

—Empezaremos por estas personas —dije—. Después le enseñaré por qué no pienso eliminarlas del programa.

Miró la primera fotografía y luego me miró a mí.

—De acuerdo, Blanka.

Mi nombre sonó sorprendentemente natural en sus labios. No como un intento de acortar distancias, sino como una promesa de atención.

Fuera sonó la campana de una iglesia cercana. El festival seguía sin tener dinero suficiente, la sala principal continuaba siendo motivo de disputa y el hombre que estaba a mi lado probablemente sabía mucho más de toda aquella situación de lo que estaba dispuesto a contar.

Aun así, cuando se inclinó sobre la fotografía de un pequeño cuenco de cerámica y me preguntó por el nombre de su autora, le respondí con toda la paciencia de la que fui capaz.

No me inquietaba que supiera ser encantador.

Me inquietaba que empezara a querer descubrir quién era cuando dejaba de serlo.

—¿Seweryn? —lo llamé antes de que pasara a la siguiente fotografía.

—¿Sí?

—Si de verdad piensa ayudarme, necesito una cosa.

—¿Cuál?

Lo miré directamente a los ojos.

—¿Es capaz de decirme la verdad, aunque eso haga que deje de caerme bien?

Capítulo 1 - El precio de la prioridad

Seweryn no respondió inmediatamente a mi pregunta. Durante unos segundos me observó con una atención que ya no se parecía al interés despreocupado que había mostrado antes. En la sala de exposiciones resonaban los ruidos de los preparativos; alguien arrastraba una pesada caja por el suelo y desde el patio abierto llegaba el olor de la madera húmeda. Sentí la tentación de apremiarlo, pero decidí que su silencio sería una prueba mejor que otra acusación.

—Soy capaz —dijo finalmente—. Aunque no siempre lo hago tan pronto como debería.

—Eso ha sonado inquietante.

—Pretendía sonar sincero.

No podía negarle aquello. No me había prometido que tuviera un carácter intachable ni había intentado convencerme de que todas sus decisiones habían sido acertadas. Al mismo tiempo, su respuesta dejaba espacio suficiente para detalles incómodos. Guardé las fotografías en la carpeta y le pedí que fuéramos a la sala de reuniones. Teníamos que determinar qué partes del programa podíamos salvar realmente antes de que el resto del equipo empezara a tomar decisiones basándose en presupuestos desactualizados.

La sala del piso superior tenía una mesa larga, ocho sillas desparejadas y ventanas que daban al patio interior del edificio. Extendí mi portátil, el cuaderno de notas y una copia impresa del presupuesto actualizado. Seweryn se sentó frente a mí, pero antes de que pudiéramos empezar, Marta

entró con una taza de café y una expresión que conocía demasiado bien.

—Decidme que tenéis un plan —pidió.

—Tenemos un problema —respondí—. El plan estará listo enseguida.

Marta dejó la taza junto a mi ordenador.

—Los treinta y ocho mil eslotis que nos faltan no van a aparecer de la nada. Hoy tenemos que aprobar la lista de compromisos económicos. No puedo firmar pedidos basándome en la esperanza.

Seweryn se inclinó sobre el desglose.

—¿Qué gastos ya son irreversibles?

Marta señaló las partidas correspondientes al alquiler de los espacios, las instalaciones técnicas y el transporte de algunas piezas. Él hizo preguntas concretas, sin fingir que conocía todos los detalles. Observé que anotaba las respuestas en el reverso del programa en lugar de proponer recortes inmediatamente. Era sensato, aunque me irritaba empezar a apreciar aquella cualidad.

—Seguimos teniendo un déficit de treinta y ocho mil eslotis —resumí—. Podemos reducir los costes de escenografía, renegociar el alquiler de la iluminación adicional y disminuir el número de actividades nocturnas. La zona de nuevos talentos no se toca.

Seweryn dejó el bolígrafo.

—Tampoco podemos eliminar la exposición principal organizada por el comisariado.

—¿Por qué?

—Porque es la que atrae a los colaboradores que financian el resto del evento.

—¿Y los creadores que están empezando son un complemento que podemos permitirnos si sobra dinero?

—Yo no he dicho eso.

—Pero esa es la consecuencia de su propuesta.

Me observó en silencio durante unos instantes.

—Blanka, podemos hablar de las consecuencias, pero también tenemos que hablar de las fuentes de financiación. Si reducimos la exposición de los patrocinadores incumpliendo acuerdos anteriores, nos arriesgamos a perder fondos que necesitaremos no solo ahora, sino también en futuras ediciones.

—¿Así que tenemos que mantener los privilegios de quienes ya cuentan con ventajas para poder invitar algún día a quienes no las tienen?

—Lo que digo es que las dependencias económicas no desaparecen simplemente porque sean injustas.

Marta levantó una mano antes de que pudiera responder.

—Propongo que, por ahora, no decidamos cuál de los dos va a ganar el concurso al principio moral más convincente. Necesito números.

Tenía razón. Dejé las emociones a un lado y abrí la hoja de cálculo. Durante los siguientes cuarenta minutos clasificamos los gastos entre imprescindibles, reducibles y sujetos a negociación. Seweryn eliminó el coste de un catálogo impreso adicional, aunque inicialmente había sido él quien lo había solicitado. Yo acepté reducir el presupuesto de decoración de la zona de talleres. Marta comprobaba cada propuesta y en su cuaderno fueron apareciendo poco

a poco unas cifras que, por primera vez, ofrecían la posibilidad de equilibrar las cuentas del proyecto.

El problema volvió a surgir cuando llegamos a la sala principal.

—No aceptaré reducir el espacio de los nuevos talentos por debajo de doce puestos —dije.

—Y yo no puedo aceptar un plan que incumpla las condiciones acordadas para la exposición de los patrocinadores sin el consentimiento por escrito de los interesados —respondió Seweryn.

—¿Quién estableció esas condiciones?

Sus dedos se detuvieron sobre el borde del documento.

—Las conversaciones comenzaron antes de que nos nombraran conjuntamente responsables del programa.

—No le he preguntado cuándo comenzaron las conversaciones.

—Los detalles deben comprobarse en la documentación.

Marta nos miró por encima de su ordenador. Comprendí que también había percibido el cambio de tono. Seweryn no mentía abiertamente, pero había empezado a responder a preguntas distintas de las que yo le hacía.

—Entonces revisaremos los documentos —decidí—. Hasta ese momento, no aprobaré ninguna modificación de los espacios.

—Eso podría retrasar el montaje.

—Lo sé.

—¿No teme las consecuencias?

—Muchísimo. Precisamente por eso no pienso tomar decisiones a ciegas.

Sonrió apenas.

—Es usted una compañera de trabajo extraordinariamente difícil.

—Y usted está acostumbrado, por lo visto, a personas más complacientes.

—No he dicho que sea un defecto.

Marta cerró el portátil con una firmeza deliberadamente ostentosa.

—Os dejaré solos quince minutos. Cuando vuelva, me gustaría encontrar a dos adultos y un documento conjunto. El orden me da igual.

Cuando salió, el silencio se volvió sorprendentemente perceptible. Seweryn se acercó a la ventana y se desabrochó el botón superior de la camisa. Solo entonces advertí el cansancio oculto bajo su aspecto impecable. Tenía unas leves ojeras y una marca más clara en la muñeca, donde normalmente llevaba un reloj que, al parecer, no se quitaba ni durante las largas jornadas de trabajo.

—¿Quiere saber qué es lo que realmente me preocupa? —preguntó.

—Eso es precisamente lo que intento averiguar.

—Que organicemos un festival maravilloso que nunca llegue a tener otra edición. Que la gente disfrute de unos talleres excelentes y después, durante dos años, nadie pueda pagar los siguientes. Ya trabajé en un evento que terminó exactamente así.

—Y yo he trabajado en otros en los que los patrocinadores lo recibían todo y a los creadores solo les quedaba la posibilidad de hacerse una fotografía junto a un logotipo.

Se volvió hacia mí.

—Parece que los dos sabemos qué experiencias no queremos repetir.

No esperaba aquella respuesta. Me había preparado para otro intento de convencerme de que el dinero siempre tenía la última palabra. Sin embargo, reconoció que su experiencia también había tenido un precio. Eso no significaba que estuviéramos de acuerdo, pero por primera vez vi en él algo más que a un hombre que representaba los intereses de los grandes patrocinadores.

—Tengo una propuesta —dije—. Establezcamos un programa mínimo que ninguno de los dos pueda modificar por su cuenta. Evaluaremos todas las demás partidas según su coste y su valor real para los participantes.

—¿Y la exposición de los patrocinadores?

—No le concederé prioridad automáticamente.

—No puedo prometerle que lo aceptaré sin objeciones.

—No le estoy pidiendo una promesa. Le estoy pidiendo una evaluación honesta.

Seweryn regresó a la mesa. Se inclinó sobre el plano y empezó a mover las hojas, esta vez pidiéndome permiso antes de cada cambio. Marcamos tres alternativas para utilizar la sala principal. La primera mantenía la exposición tal como estaba prevista, pero privaba a los debutantes de una buena ubicación. La segunda dividía el espacio por la mitad. La tercera contemplaba modificar los horarios de las presentaciones e instalar puestos adicionales en el patio.

—La tercera opción es la que más se acerca a mi idea —dije.

—También es la que presenta más riesgos meteorológicos.

—Podemos aprovechar la cubierta.

—Y pagar un montaje adicional para el que no tenemos presupuesto.

—Puedo intentar conseguir el equipamiento de un taller local.

—¿Y si no lo consigue?

—Entonces volveremos a la segunda opción.

Reflexionó durante un buen rato.

—Con una condición.

—Le escucho.

—Todas las modificaciones relacionadas con los patrocinadores y la exposición principal las presentaremos juntos. Ninguno de los dos hará promesas por separado que el otro no pueda cumplir.

Sentí la resistencia habitual. Para mí, la independencia era mucho más que una costumbre. Había construido mi posición profesional durante años, demostrando a menudo a personas con presupuestos más elevados y títulos más impresionantes que no necesitaba un tutor. Aprobar conjuntamente las decisiones sonaba peligrosamente parecido a ceder parte del control.

—De acuerdo, siempre que se aplique a ambas partes —respondí—. Sin excepciones para sus viejos conocidos.

—Sin excepciones para sus expositores favoritos.

—Mis expositores favoritos no tienen departamentos de marketing.

—Razón de más para que merezcan una evaluación justa, no un trato de favor.

Lo miré con dureza. No respondió con una sonrisa. Había dicho algo a lo que debía enfrentarme: mi preocupación por los debutantes tampoco me eximía de la obligación de tomar decisiones transparentes.

Marta regresó a la sala. Le presentamos una versión preliminar del presupuesto que reducía el déficit a una cantidad que podríamos cubrir mediante nuevas negociaciones. Aceptó preparar la actualización, con la condición de recibir antes de la noche una confirmación escrita de los cambios. Mientras intercambiábamos las últimas observaciones, sonó el teléfono de Seweryn. Miró la pantalla y rechazó la llamada.

Solo alcancé a ver el principio del nombre del contacto: Vistula.

No hice ningún comentario. Ya sabía que mantenía relaciones antiguas con aquella empresa, y una simple llamada telefónica no demostraba nada. Aun así, recordé su respuesta a mi pregunta sobre la verdad. No siempre la decía con la suficiente rapidez. Me pregunté si acababa de presenciar un ejemplo de ese retraso.

Después de que Marta se marchara, bajamos al patio para comprobar el espacio disponible para los posibles puestos adicionales. El aire era frío y las viejas paredes de ladrillo conservaban la humedad de la lluvia de aquella mañana. Seweryn se quitó la americana que hasta entonces llevaba sobre el brazo y se la entregó a un montador que necesitaba algo blando para proteger la esquina de una vitrina. Fue un gesto inmediato, sin detenerse a pensar en el precio de la prenda.

—¿Sabe que probablemente va a estropear su americana? —pregunté.

—Lo sé. Pero la vitrina es más vieja que yo.

—Tampoco es un logro especialmente difícil.

Se echó a reír. Esta vez no fue la sonrisa elegante de un hombre acostumbrado a las reuniones oficiales. Se rio abiertamente, inclinando un poco la cabeza hacia atrás, y yo mantuve la mirada sobre él más tiempo del necesario.

—Treinta y siete años —dijo—. Ya que estamos calculando la antigüedad de las piezas históricas.

—No le he preguntado.

—Sus treinta y dos años tampoco son ningún secreto. Lo leí en su ficha de organización.

—¿No tiene otros intereses aparte de los documentos relacionados con mi persona?

—Sí. Pero acabo de descubrir uno nuevo.

Fingí comprobar la anchura del pasillo. Era más sencillo que admitir que su presencia empezaba a afectarme de una manera absolutamente inoportuna. Sabía lo fácil que resultaba confundir una buena conversación con la promesa de algo más. En el pasado había cometido suficientes errores de ese tipo.

Cuando volvimos a la entrada, Seweryn se detuvo junto a la puerta.

—Blanka, mañana tendremos que presentar un plan conjunto al comité de programación. No podemos parecer dos personas dispuestas a matarse mutuamente.

—Entonces, procure no darme motivos.

—Lo intentaré. Aunque debo reconocer que discute usted de una manera extraordinariamente convincente.

—¿Eso es un cumplido?

—Sin ninguna duda.

Durante unos instantes estuvimos demasiado cerca para que nuestra conversación siguiera pareciendo completamente profesional. Podía distinguir las pequeñas arrugas junto a sus ojos y una mancha de pintura en el puño de la camisa. No retrocedió, pero tampoco intentó reducir la distancia. Esperó a que fuera yo quien decidiera cómo terminar aquel momento.

—Mañana a las nueve —dije.

—Allí estaré.

—Con los documentos.

—Con los documentos.

Me dirigí hacia las escaleras, pero todavía escuché su voz.

—Y con respuestas a las preguntas que hoy no ha tenido tiempo de hacerme.

Me volví. Me observaba con seriedad, sin rastro de la provocación anterior.

No sabía si aquello era una promesa o una advertencia. Solo sabía que deseaba escuchar esas respuestas más de lo que debería.

Capítulo 2 - Las condiciones de la confianza

A la mañana siguiente encontré sobre mi escritorio un sobre con mi nombre escrito a mano. Dentro había tres páginas de observaciones detalladas sobre el presupuesto y una pequeña nota: «No todo lo caro es valioso. No todo lo barato es sensato. Intentemos encontrar la diferencia. S.».

Leí el mensaje dos veces. No porque fuera especialmente romántico. En realidad, no tenía nada de romántico. Y, sin embargo, alguien había dedicado la noche a analizar mi proyecto en lugar de enviar otro correo lleno de garantías generales sobre su disposición a colaborar. Para una persona que había pasado la mayor parte de su vida profesional convenciendo a otros de sus ideas por sí sola, aquello tenía importancia.

En la primera página encontré una propuesta para reducir los gastos de préstamo de algunas piezas. Seweryn sugería sustituirlas por objetos procedentes de colecciones locales y por una presentación del proceso de creación de las obras. No todas las soluciones me gustaban, pero varias eran excelentes. Una de ellas permitiría ahorrar exactamente lo que necesitábamos para transportar a tres jóvenes artesanos.

A las nueve apareció en la sala de reuniones con dos vasos de café.

—No sabía cómo lo toma —dijo—. Uno es solo y el otro lleva leche. Le dejo elegir.

—Empieza a comprender las reglas fundamentales de la colaboración.